

SOLEMNIDAD DE NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT
Homilía del Dr. Lluís Martínez Sistach, Cardenal Arzobispo de Barcelona
27 de abril de 2008

La celebración de la Solemnidad de Nuestra Señora de Montserrat, Patrona de Cataluña, nos hace pensar en nuestro país y nos hace rogar por Cataluña. Esta solemnidad nos mueve a preguntarnos qué tiene que hacer hoy la Iglesia en Cataluña, bien conscientes del servicio inapreciable que ha ido haciendo desde los inicios de nuestra nación.

La Iglesia está inmersa y vive en medio de nuestro pueblo. Somos un pueblo que viene de lejos. Más de mil años de historia vivida constituyen un largo camino para un país. Cataluña es un pueblo que hace más de mil años que camina por los senderos de la historia; somos un pueblo que vive y por eso somos un pueblo cambiante. Pero también permanente. La permanencia voluntaria en el mantenimiento de nuestras esencias no configuran nuestra identidad como excluyente. Todo lo contrario. Una de las constantes de nuestra historia consiste en el espíritu de acogida, de integración y de asimilación de todo aquello que puede ayudarnos a ser lo que tenemos que ser y a demostrar que estamos abiertos al mundo. Hemos sido y tenemos que ser siempre aquella "tierra bendecida y poblada de lealtad", según una bella expresión del rey Ceremonioso: tierra señora y ama, hermana de las otras tierras.

Y esta tierra bendecida y leal, nació cristiana y católica. La historia de Cataluña está llena de las huellas que los cristianos han dejado, viviendo su fe y arraigándola en el terruño de la patria. La savia cristiana llenó de vida el árbol tierno de la Cataluña naciente, contribuyó a ennoblecer su tronco y no ha dejado nunca correr por sus fibras y hacer copioso el árbol de la patria común. "El nacimiento, la historia y la cultura de Cataluña están intensamente empapados de cristianismo", se dice en el documento episcopal "Raíces cristianas de Cataluña".

La palabra de Dios que hemos escuchado señala los contenidos principales de lo que tiene que ofrecer la Iglesia si quiere realizar un buen servicio a nuestro país. Son los elementos nucleares de la vida cristiana y que tienen que hacer realidad todos los cristianos: el anuncio bien claro y auténtico del Evangelio, la celebración de la fe y el testimonio del amor. Por su parte, María, Madre de la Iglesia, vivió intensamente este contenido nuclear. Ella fue decididamente a la montaña para ayudar a Isabel, que esperaba un hijo, y estuvo en casa de Zacarías tres meses. María, tabernáculo virginal del Hijo de Dios, con su presencia amorosa hizo bien presente en aquel hogar al Señor y Salvador, llenando a todos de gozo y de entusiasmo. Y María con los Apóstoles, después de la resurrección de Jesús, unánimemente asistían sin falta a las horas de plegaria esperando la venida del Espíritu Santo en aquel primer Pentecostés.

Los cristianos llevamos el tesoro maravilloso de la fe en vasijas de barro (2 Cor 4, 7). Es un tesoro muy necesario para los hombres y las mujeres de nuestra sociedad catalana, como lo es para toda la humanidad. Jesús, el Señor, está presente en sus seguidores y da sentido pleno a sus vidas, ofreciendo lo que todo el mundo busca con el fin de ser felices. Isabel, llena del Espíritu Santo, acogiendo la visita de María y de Jesús en sus entrañas virginales, proclamó la felicidad que su prima tenía porque había creído. Es la felicidad de la fe. Es la alegría que da la presencia amorosa del Señor y que llena el corazón humano y lo hace plenamente feliz porque el Señor cumplirá todas sus promesas de amor, de perdón, de consuelo y de salvación.

Hoy es absolutamente necesario y muy urgente el anuncio del mensaje de Jesús. Hoy

las comunidades cristianas, toda la Iglesia en nuestro país, tiene que ser evangelizadora y misionera. Nos hace falta asumir plenamente que nuestra situación, en este comienzo del siglo XXI, es de misión, y asumirlo jubilosamente.

La Iglesia tiene que anunciar a Jesús. Pero en el anuncio de su mensaje, la Iglesia no puede pretender imponer a los otros la propia verdad. El relieve social y público de la fe cristiana tiene que evitar una pretensión de hegemonía cultural que se daría si no se reconoce que la verdad se propone pero no se impone. Sin embargo eso no significa que la Iglesia no tenga que ofrecer la verdad a la sociedad, en la totalidad de lo que significa el anuncio del Evangelio. Se trata de una propuesta que apela al valor trascendente de la persona y salva la sociedad del riesgo de un pensamiento único, que todo lo aplanan y uniformiza.

La fe cristiana no es algo meramente intelectual. Es también el principio inspirador de una manera de vivir y de actuar. La manera de estar en la sociedad propia del cristiano, ha de comportar también una manera de actuar, inspirada por su fe, ordenada a influir en la sociedad para una mejor configuración de la convivencia, coherente con los valores humanos y cristianos.

Hoy por todo nuestro occidente europeo es necesario el testimonio de la Iglesia y de los cristianos, porque se participa de una cultura que va generando un nuevo estilo de vida "como si Dios no existiera". En esta línea, la ética se sitúa en el ámbito del relativismo y utilitarismo, excluyendo cualquier principio moral que sea válido y vinculante por sí mismo. Este tipo de cultura significa un corte radical y profundo no sólo con el cristianismo, sino también con las tradiciones religiosas y morales de la humanidad.

En medio de este estilo de vida "como si Dios no existiera", haría falta que quien no ha encontrado a Dios en su existencia personal, lo buscara y dirigiera su vida "como si Dios existiera". Éste es el consejo que ya daba Pascal a sus amigos no creyentes y, como afirma Benedicto XVI, "es el consejo que damos también hoy a los amigos que no creen. Así nadie queda limitado en su libertad" (Cf. *La Europa de Benedicto en la crisis de la cultura*).

Es necesario ofrecer a la sociedad catalana toda la riqueza del humanismo cristiano, capaz de interesar a muchísimas personas - especialmente a los jóvenes - y de querer vivirlo con alegría y coraje. El Papa Benedicto XVI, en una entrevista a las televisiones alemanas, dijo que "el cristianismo no es un cúmulo de prohibiciones sino una opción positiva". La presentación del mensaje de Jesús y de su persona con toda claridad y fidelidad es la tarea prioritaria de la Iglesia en nuestra sociedad. La Iglesia, que tiene una visión positiva de la vida humana y de las personas, tiene que presentar con convicción el mensaje del evangelio. Tenemos el peligro hoy de limitarnos - o de dar la sensación que nos limitamos - a denunciar aunque sea con un espíritu de colaboración, los contenidos sociales y legales que no responden a los auténticos principios antropológicos, éticos y morales.

La Iglesia tiene que priorizar la evangelización de las personas. Tenemos que orientar el trabajo eclesial en nuestro país hacia la formación auténtica y sólida de los cristianos a fin de que vivan su vida cristiana con fidelidad a la Iglesia y con generosidad y manifiesten con el testimonio de su propia vida y con palabras su fe en medio de la sociedad sea cuál sea la realidad cultural, social y política. Hoy especialmente necesitamos cristianos plenamente convencidos de que conozcan a fondo los contenidos de la fe y que estén siempre a punto para dar respuesta de su esperanza, como pide el apóstol Pedro.

Este trabajo en la formación de auténticos cristianos contribuirá, también, a un fortalecimiento espiritual de la sociedad ya que con su vida, su testimonio y su actividad harán que la sociedad se configure más de acuerdo con sus raíces cristianas, las instituciones estén más empapadas de valores evangélicos y el ordenamiento jurídico se adecue más y más a los principios y valores del humanismo cristiano.

La presencia de los cristianos en Cataluña se inserta sin el relieve quizás de otras épocas en medio de la pluralidad de propuestas y opciones de nuestra sociedad actual. Pensemos, sin embargo, que este momento histórico - lejos de cualquier añoranza - nos ayuda providencialmente a centrarnos en la fuerza de Jesucristo resucitado y en la misión que él nos tiene confiada al servicio de los hermanos. Nos lo recuerda el tiempo pascual que estamos viviendo, y también Juan en su primera carta: "Lo que ha conseguido la victoria sobre el mundo es nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios"?. Y el apóstol Pablo nos ha dicho hoy que "nosotros desde el principio tenemos puesta en Cristo nuestra esperanza".

El Evangelio es la fuente que puede calmar la sed espiritual de la sociedad catalana, a veces triste y resignada, a menudo escéptica ante su futuro, que tiene la tentación de replegarse sobre ella misma. En medio de nuestra sociedad pluralista, tenemos que intensificar el diálogo ecuménico e interreligioso para prestar un apreciable servicio a la espiritualidad de la sociedad, y a la paz en el mundo, como se está trabajando en la archidiócesis y recientemente en este monasterio con un encuentro interreligioso.

Celebremos la Eucaristía en este cenáculo en la cima de nuestro Sinaí, como los Apóstoles y María se reunieron con actitud de plegaria en aquel primer tiempo pascual de la historia de la salvación y que hoy hemos escuchado en la primera lectura. Esperemos, también, con alegría Pentecostés, pidiendo al Espíritu Santo que vaya manifestando a la Iglesia que peregrina en Cataluña su misión que tiene que realizar con generosidad y fidelidad en medio de la sociedad catalana.